Juan Vicente Boo

EL PAPA DE LA ALEGRÍA

ESPASA

Juan Vicente Boo

El papa de la alegría

© Juan Vicente Boo, 2016
© Espasa Libros, S. L. U., 2016

Preimpresión:

Depósito legal: B. 20.837-2016
ISBN: 978-84-670-4872-8

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es.

www.espasa.com
www.planetadeloslibros.com

Impreso en España/*Printed in Spain*
Impresión: Cayfosa, S. A.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico.**

Espasa Libros, S. L. U.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

Índice

Introducción 15
Empuje y resistencias 18
¿Quién es? ¿Adónde va? 20
Problemas en la retaguardia 22

PERFIL

1. «¡Cómo sonríe! ¡Parece otro!» 27

2. ¡Buenas noticias! El Evangelio de la alegría 33
La «ley del amor» 35
Al servicio de las personas 38
¡Todos a la calle! 41

3. Un conservador… inteligente 45
Filias y fobias periodísticas 48
«No adorar las cenizas» 50
Coherencia y gestos 53

4. La revolución de la ternura 57
«Fue de una dulzura sorprendente» 59

«Una montaña de ternura» 63
De los misiles a las personas 67

5. «Caín, ¿dónde está tu hermano?» 71
Belén, Lesbos, Morelia 74
Duchas para personas sin techo 80

PERSONAS

6. ¿Qué piensa Francisco de las mujeres? 87
«Mujeres de buena voluntad» 90
Teólogas y directoras de cárcel 92
«Somos demasiado machistas» 99
Esther, comunista paraguaya 101
La jueza Alicia Oliveira 104
Karol, Wanda y Anna 105
¡Primera rectora! 109

7. Familia: *La alegría del amor* 113
«¡El capítulo cuatro!» 116
Nulidad matrimonial, no anulación 121
«Por favor, gracias, perdón» 123
«La imagen de Dios es la pareja» 125
«Dadles de mamar» en la Capilla Sixtina 127

8. Jóvenes y ancianos, pilares del mundo 129
«La bendición de la larga vida» 131
«¡Hagan lío!» 132

9. Abuso de menores, «una monstruosidad» 137
Benedicto y las víctimas 140
«Los obispos rendirán cuentas» 146
Expulsión del episcopado 148

Grandes expertas: la mejor Comisión 151
Un tercio de las norteamericanas 155

PROYECTOS

10. Nadador en aguas turbulentas 161
Peligro de muerte 163
Un imán en el papamóvil 167

11. Escándalos de dinero 169
Un empresario a los altares 172
Ladrones en el Vaticano 175
«¡Llevaos vuestros cheques! ¡Quemadlos!» 177

12. ¿Reformar la curia? ¡Reformar tu vida! 181
La curia pierde su monopolio 183
Finanzas y medios de comunicación 186
De reyezuelos a servidores 190

13. Cristianos y judíos, una familia 195
Ratzinger, motor escondido 198
Bergoglio, ecumenismo de amistad 200
Bartolomé, Kirill, Justin, Abraham, Omar… 203
Rabinos en el Vaticano 208
«Una misión común» 211

PROBLEMAS

14. «Cristianos y musulmanes somos hermanos» 215
Creación de Al Qaeda e ISIS 220
Arabia Saudí y Qatar, semillas de violencia 230
En la Mezquita Azul 233
El Islam redescubre la tolerancia original 237

15. Tercera Guerra Mundial «a trozos» 245
«Digo frenar, no bombardear» 248
«Alimentan los hornos de la guerra» 250
Putin: «Escuchar al papa» 253
Del genocidio armenio a la «paz justa» 256

16. Economía real… ¡Y trabajo honrado! 261
«Para algunos, el papa es comunista» 264
Capitalismo industrial, financiero y especulativo 271

17. Ecología: la «mirada divina» 273
Diagnóstico y medicina 277

SECRETOS

18. Francisco reza más que nadie 283
Cuatro horas de oración, nueve de trabajo 284
Un san José dormido 288
Una llamada fulminante 292
«Incluso el papa es pecador» 295

19. Dos papas mejor que uno 299
«¡Lo tenía todo en la cabeza!» 304
«Protege mis espaldas con su oración» 307

Agradecimientos 313

Anexos 315

Bibliografía 321

Índice onomástico 323

1
«¡Cómo sonríe! ¡Parece otro!»

Quizá sea la primera vez que la elección como papa cambia radicalmente el rostro de una persona.

A medida que sus amigos y colaboradores de Buenos Aires veían por televisión sus primeras actividades, casi todos comentaban: «¡Cómo sonríe! ¡Parece otro!».

Una búsqueda de fotos y vídeos en Google permitía constatarlo con facilidad. El antiguo gesto serio y apesadumbrado del arzobispo había dado paso a un rostro radiante, que ahora sonreía con toda la cara: con los labios y con los ojos.

El cambio tuvo lugar a medio camino entre la Capilla Sixtina y el balcón de la plaza de San Pedro. Las imágenes no han sido difundidas, pero están grabadas. Los cámaras y el director del Centro Televisivo Vaticano, Dario Edoardo Viganò, le vieron entrar a rezar ante el sagrario en la Capilla Paulina con rostro muy serio, abrumado.

Y, al cabo de un rato, salir sonriente, llamativamente aliviado y relajado. Como si fuese otra persona. Unos meses después, Francisco reconocería que allí recibió una ayuda especial, pero sin dar más detalles.

Pasado un tiempo, un amigo le preguntó cómo había logrado pasar de la seriedad a la sonrisa continua.

—Mira, cuando era arzobispo de Buenos Aires yo pensaba que tenía que resolver todo el montón de problemas, y me agobiaba. Los que tengo como papa, veo claro que solo puede resolverlos el Señor, y se los paso a Él.

Conocí al cardenal Bergoglio el 12 de octubre de 2001. Me impresionó mucho, pero no me cayó especialmente bien. Era inteligente, sí, pero demasiado formal, ojeroso, quizá un poco tristón. En definitiva: valioso pero no amistoso.

Estaba clasificando y ordenando muy bien el trabajo de un sínodo de obispos. Pero en su primera conferencia de prensa en el Vaticano le veíamos tenso, casi a disgusto con los periodistas… Se lo comenté a un colega y amigo italiano, Andrea Tornielli, y su respuesta me sorprendió.

—Es cierto, pero en Buenos Aires hace un gran trabajo, y muy visible. Por Navidad, en lugar de escribir una carta pastoral que casi nadie lee, se va la mañana del día 24 a algún hospital para bendecir a los recién nacidos y a las madres. El Jueves Santo, se va a lavar los pies a reclusos en alguna cárcel, o a enfermos de sida…

Aquel sínodo de obispos de octubre de 2001 reflexionaba sobre un tema crucial para el dinamismo de la Iglesia: «El obispo, servidor del Evangelio».

Bergoglio tenía su birreta cardenalicia recién estrenada. La había recibido en febrero de manos de Juan Pablo II, quien le había nombrado enseguida relator adjunto del sínodo, como ayudante del cardenal de Nueva York, Edward Egan.

Pero los tremendos ataques terroristas contra las Torres Gemelas el 11 de septiembre bloquearon por completo al cardenal neoyorquino, y eso provocó la entrada en escena de Jorge Bergoglio.

De repente, tenía que ponerse a ordenar las aportaciones de cuatro semanas de debates del sínodo ante los ojos de Juan Pablo II, la curia romana y obispos del mundo entero. Y comparecer ante los periodistas para explicar la marcha del trabajo.

Los ataques suicidas con cuatro grandes aviones de pasajeros causaron un total de 2.996 muertos. Pero, además, el multimillonario saudí que los había organizado siguió las reglas de espectacularidad de Hollywood y consiguió impresionar hasta el último ciudadano del planeta.

La reacción de Estados Unidos tuvo aciertos pero también errores que, junto con la escalada de violencia terrorista, irían extendiendo el problema a lo largo de más de una década.

Doce años después de aquel 11 de septiembre, la guerra o las matanzas de los fundamentalistas eran paisaje diario en una veintena de países de Oriente Medio y África. Los refugiados que huían de esos infiernos sumaban sesenta millones. Y los ciudadanos de Estados Unidos y Europa vivían con miedo a las bombas terroristas en sus trenes, metros o aeropuertos.

En ese escenario se estrenaba Francisco. El nuevo pontífice, *pontifex,* tenía que construir puentes imposibles. E intentar apagar el incendio de las guerras mientras otros echaban más gasolina al fuego.

No era la primera vez que a Jorge Bergoglio le caían inesperadamente sobre los hombros responsabilidades serias. Había sido nombrado provincial de los jesuitas de Argentina en 1973 cuando tenía solo treinta y seis años y en plena crisis del postconcilio.

En su primera entrevista larga como papa, reconoció que «aquel era un momento difícil para la Compañía de Jesús: acababa de desaparecer una entera generación de jesuitas. Por eso me encontré siendo Provincial tan joven. Tenía treinta y seis años: una locura. Era necesario afrontar situaciones difíciles,

y yo tomaba mis decisiones de manera brusca y personalista… Mi estilo autoritario y rápido de tomar decisiones me ha llevado a tener problemas serios y a ser acusado de ultraconservador»[1].

Poco después comenzaba en Argentina la «guerra sucia» de los gobiernos militares, un episodio largo y grave de terrorismo de Estado. Bergoglio tuvo que emplearse a fondo para poner a salvo personas en peligro.

Se jugó mucho para salvar la vida —escondiéndolos o sacándolos del país— a muchos hombres y mujeres que hubieran podido terminar en la lista de más de veinte mil «desaparecidos». La historia de algunos de esos salvamentos, documentada por el periodista Nello Scavo, ayuda a entender un rasgo de su carácter: salir, casi sin pensarlo dos veces, al rescate de quien lo necesita[2].

La segunda responsabilidad inesperada le llegó en 1992 con el nombramiento de obispo auxiliar de Buenos Aires. La tercera, también por sorpresa, era aquel sínodo de obispos de 2001 en que le conocí.

Su documento de síntesis de los pesadísimos debates fue excepcional, facilitando a Juan Pablo II la tarea de escribir *Pastores gregis* («Pastores del rebaño»), la exhortación postsinodal que resume la misión del obispo en una imagen evangélica muy clara: la del buen samaritano.

Era el primero de los grandes textos en que Jorge Bergoglio ha volcado sus energías. El segundo fue el documento final

---

[1] Entrevista con Antonio Spadaro, SJ para *La Civiltà Cattolica,* el 19 de agosto de 2013.

[2] Nello Scavo, *La lista de Bergoglio. Los salvados por Francisco durante la dictadura,* Editorial Claretiana, Madrid, 2013. El autor publicó después *I sommersi e i salvati di Bergoglio*, Piemme, Segrate, Milán, 2014.

de la reunión plenaria de los obispos del Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM) en Aparecida, Brasil, en mayo de 2007, una guía para la actividad evangelizadora en toda América, el continente con la mitad de los católicos del mundo. El tercero fue la exhortación apostólica *La alegría del Evangelio,* el programa de su pontificado.

El hilo conductor de los tres textos salta a la vista: el obispo y el cristiano de a pie tienen que inclinarse, como el buen samaritano, a limpiar y curar las heridas de las víctimas que encuentren a su paso, de cualquier raza o religión.

Tienen que vivir la sobriedad y la templanza. Tienen que dar testimonio con el ejemplo personal más que con las palabras, ser acogedores con los inmigrantes, respetar y amar a los fieles de otras religiones…

La alegría del Evangelio era como un aldabonazo. Advertía a una Iglesia demasiado distraída con sus propias estructuras del gran peligro de hablar «más de la Iglesia que de Jesucristo», e invitaba a todos a salir al aire libre, sin miedo a cometer algún error o sufrir algún descalabro.

Animaba a ser más flexibles: «No quiero una Iglesia preocupada por ser el centro y que termine clausurada en una maraña de obsesiones y procedimientos»[3]. E insistía: «Más que el temor a equivocarnos, espero que nos mueva el temor a encerrarnos en las estructuras […], en las normas que nos vuelven jueces implacables».

El documento trajo una bocanada de aire fresco. Era una invitación a mirar con cariño a las demás personas, y a ayudar a las que sufren. Una invitación a sonreír.

Francisco proponía un cambio de actitud. Abandonar la postura altiva y condenatoria de los fariseos para adoptar el

---

[3] *La alegría del Evangelio,* n. 49.

gesto comprensivo y afectuoso de Jesús. E inspirarse en una de sus parábolas más pedagógicas, la del buen samaritano.

Se trata de una historia provocativa, pues presenta como modelo el precioso ejemplo de un extranjero que además es hereje y, por tanto, detestado doblemente por los judíos.

Ese hombre, el único que ayuda a un viajero malherido por unos ladrones, propone lo que los cristianos deben ser para todos: personas que saben pararse a ayudar, con sus manos y su dinero, a quien lo necesita. Y no solo a los amigos y la gente cercana, sino también a los desconocidos y a las personas de otras religiones pues «todos somos hijos de Dios».

Francisco suele recordar que la ayuda práctica a los necesitados será la materia de examen del Juicio Final.